

LIBRO I

I

En la apacible costa de la Riviera francesa, como a medio camino entre Marsella y la frontera italiana, se alza un amplio y orgulloso hotel pintado de rosa. Deferentes palmeras refrescan su ruborosa fachada, y ante ella se extiende una breve playa resplandeciente. Últimamente se ha convertido en centro de veraneo para gente distinguida y elegante; hace una década se quedaba desierto en cuanto la clientela inglesa se iba al norte en abril. Ahora hay unos cuantos chalés apiñados muy cerca, pero en el momento en que comienza esta historia sólo los tejados de una docena de viejas villas se pudrían como nenúfares entre las multitudes de pinos que rodeaban el Hôtel des Étrangers de monsieur Gausse y Cannes, a cinco millas de allí.

El hotel y la brillante alfombra bronceada de su playa eran una misma cosa. Por la mañana temprano, la imagen distante de Cannes, los colores rosa y crema de sus viejas fortificaciones, el púrpura de los Alpes que rodeaban Italia, se proyectaban sobre el agua y se reflejaban temblorosos en las olas y anillos que formaban las algas a lo largo de los claros bajíos. Antes de que dieran las ocho, un hombre descendió a la playa vestido con un albornoz azul y, tras una larga preparación preliminar de su persona aplicándose agua fría y muchos resoplidos y sonoros jadeos, se lanzó a chapotear

un momento en el mar. Cuando se fue, la playa y la bahía permanecieron en calma durante una hora. En el horizonte, los mercantes se deslizaban hacia el oeste; los ayudantes de camarero gritaban en el patio del hotel; el rocío se secaba sobre los pinos. Una hora después, las bocinas de los coches empezaron a resonar mientras descendían la sinuosa carretera que recorre la parte baja de la cordillera de los Maures, la cual separa el litoral de la auténtica Francia provenzal.

A una milla del mar, donde los pinos dejan paso a los polvorientos álamos, hay un apeadero de tren bastante aislado, desde el que una mañana de junio de 1925 un victoria condujo a una mujer y a su hija hasta el hotel de Gausse. El rostro de la madre era de una belleza próxima a marchitarse y pronto estaría surcado de venas quebradizas; su expresión era a un tiempo apacible y consciente, de un modo que resultaba agradable. Sin embargo, los ojos se iban rápidamente hacia la hija, que tenía magia en sus rosadas palmas y cuyas mejillas se encendían con un adorable fulgor, como el rubor entusiasta de los niños tras el baño frío de la noche. Su delicada frente ascendía con suavidad hasta la línea en que el cabello, enmarcándola como un escudo heráldico, rompía en mechones y ondas y floreos de un rubio con tonos ceniza y oro. Sus ojos eran brillantes, grandes, claros, húmedos y lustrosos; el color de sus mejillas era auténtico, y afloraba a su superficie a impulsos del enérgico latido de su joven corazón. Su cuerpo se sostenía delicadamente en el último extremo de la infancia: tenía casi dieciocho años, cerca de la plenitud, pero aún estaba cubierta de rocío.

Al aparecer el mar y el cielo por debajo de ellas en una delgada y cálida línea, la madre dijo:

—Algo me dice que este sitio no nos va a gustar.

—En cualquier caso, yo quiero irme a casa —respondió la muchacha.

Ambas hablaban con jovialidad pero resultaba eviden-

te que iban sin rumbo claro y que ello las fastidiaba: por otra parte, no servía cualquier rumbo. Deseaban intensas emociones, no por la necesidad de estimular sus hastiados nervios sino con la avidez del colegial que ha sacado buenas notas y ansía sus merecidas vacaciones.

—Nos quedaremos tres días y luego nos iremos a casa. Telegrafiaré inmediatamente para reservar billetes en el vapor.

En el hotel, la muchacha hizo la reserva en un francés fluido pero algo plano, como recordado. Una vez instaladas en la planta baja, atravesó las resplandecientes puertas acristaladas y descendió unos pocos escalones hasta la terraza de piedra que bordeaba toda la extensión del hotel. Sus andares eran como los de una bailarina de ballet, no apoyándose sobre las caderas sino sostenida en la brevedad de su espalda. Allí afuera, la cálida luz recortaba abruptamente su sombra y retrocedió: la excesiva claridad la cegaba. A unas cincuenta yardas, el Mediterráneo iba por momentos cediendo sus colores al crudo resplandor del sol; bajo la balaustrada, un desvaído Buick se cocía en el aparcamiento del hotel.

De hecho, en todo el contorno sólo la playa bullía de actividad. Tres niñeras inglesas estaban sentadas haciendo punto al lento ritmo de la Inglaterra victoriana, el ritmo de los cuarenta, los sesenta y los ochenta, tejiendo suéters y calcetines, con la melodía del chismorreo convertida en la ceremonia de un hechizo; más cerca del agua, una docena de personas acampaban bajo sombrillas de rayas mientras su docena de niños perseguían en los bajíos peces que no se dejaban amedrentar o yacían al sol desnudos y resplandecientes de aceite de coco.

Cuando Rosemary llegó a la playa, un muchacho de doce años pasó corriendo junto a ella y se zambulló en el mar entre gritos exultantes. Al sentir el incisivo escrutinio en las caras de los desconocidos, se quitó el albornoz y lo siguió.

Flotó boca abajo durante varias yardas y al ver que no cubría se puso en pie tambaleándose y avanzó laboriosamente, arrastrando sus esbeltas piernas como pesas contra la resistencia del agua. Cuando ésta le llegó al pecho, se volvió a mirar hacia la orilla: un hombre calvo con monóculo y una malla elástica, con el velludo pecho al aire y encogiendo un vientre impetuoso, la miraba atentamente. Al devolverle Rosemary la mirada, el hombre se sacó el monóculo, que quedó oculto entre la cómica pelambarrera de su pecho, y se sirvió un vaso de algo de una botella que llevaba en la mano.

Rosemary metió la cabeza en el agua y dio cuatro breves y agitadas brazadas de crol hasta la balsa. El agua la levantaba, se cerraba suavemente sobre ella resguardándola del calor, rezumaba entre su pelo y recorría cada rincón de su cuerpo. Giró en el agua una y otra vez, abrazándola, recreándose en ella. Cuando alcanzó la balsa estaba sin aliento, pero una mujer bronceada y con los dientes muy blancos la miró, y Rosemary, súbitamente consciente de la cruda blancura de su propio cuerpo, se tumbó de espaldas y se dejó llevar hacia la orilla. El hombre peludo de la botella se dirigió a ella cuando salió.

—Digo... hay tiburones más allá de la balsa —era de nacionalidad indeterminada pero hablaba inglés con un pausado acento de Oxford—. Ayer devoraron a dos marineros británicos de la flota de Golfe-Juan.

—¡Cielos! —exclamó Rosemary.

—Vinieron atraídos por los desperdicios de la flota.

Poniendo los ojos en blanco para indicar que sólo había hablado para advertirla, retrocedió dando un par de pasitos y se sirvió otra copa.

Cohibida, aunque no desagradablemente, ante el hecho de que había habido un ligero movimiento de atención general hacia ella durante esta conversación, Rosemary buscó un lugar para sentarse. Era evidente que cada familia po-

seía la pequeña franja de arena que se extendía frente a su sombrilla; además, había muchas visitas y charlas de una sombrilla a otra: la atmósfera de una comunidad en la que hubiera resultado impertinente colarse. Más arriba, donde la playa se desparramaba en guijarros y algas muertas, se hallaba un grupo con la piel tan blanca como la suya. Estaban tumbados bajo parasoles de mano en vez de sombrillas de playa y eran obviamente menos autóctonos que los otros. Entre la gente morena y la blanca, Rosemary encontró sitio y extendió su albornoz sobre la arena.

Allí tumbada, oyó primero sus voces y sintió sus pies pasar muy cerca y sus siluetas interponerse entre el sol y ella. El aliento de un inquisitivo perro le sopló cálida y nerviosamente en el cuello; podía notar cómo su piel se tostaba un poco al calor y oía el rumor de las olas que espiraban en la orilla. Su oído no tardó en distinguir las diferentes voces y se enteró de que alguien a quien se referían despectivamente como «ese tipo, North» había secuestrado a un camarero en un café de Cannes la noche anterior con intención de cortarlo en dos. Quien presentaba la historia era una mujer de pelo blanco vestida con un traje de noche, claramente una reliquia de la velada previa, pues aún llevaba puesta en la cabeza una tiara y en su hombro desfallecía una desalentada orquídea. Rosemary, alimentando una vaga antipatía hacia ella y sus acompañantes, se dio la vuelta.

Más cerca, en el otro lado, tumbada bajo una techumbre de sombrillas, una mujer joven elaboraba una lista a partir de un libro que tenía abierto sobre la arena. Se había bajado los tirantes del bañador y su espalda, de un marrón entre rojizo y anaranjado, resaltado por un collar de cremosas perlas, brillaba al sol. Tenía un rostro duro y precioso y conmovedor. Sus ojos se encontraron con los de Rosemary pero sin verla. Detrás de ella había un hombre refinado con una gorra de jockey y una malla con rayas rojas; luego la

mujer que Rosemary había visto sobre la balsa, y que le devolvió la mirada, reparando en ella; después un hombre con rostro alargado y una cabeza dorada, leonina, que llevaba malla azul e iba sin sombrero y que hablaba muy seriamente con un joven de aspecto inequívocamente hispano, con un bañador negro, ambos recogiendo de la arena trocitos de algas. Pensó que casi todos serían americanos, pero había algo que los hacía distintos de los americanos que había conocido últimamente.

Al cabo de un rato se dio cuenta de que el hombre de la gorra de jockey estaba dando un pequeño espectáculo para su grupo; deambulaba solemnemente con un rastrillo, removiendo ostensiblemente la gravilla mientras ejecutaba algún tipo de farsa esotérica que sólo la gravedad de su rostro dejaba en suspenso. El más ligero añadido se había convertido en objeto de hilaridad, hasta el punto de que cualquier cosa que decía producía un estallido de carcajadas. Incluso los que, como ella, estaban demasiado lejos para escucharle prestaban atención, y la única persona de la playa que permanecía ajena al número era la mujer joven del collar de perlas. Quizá era su modestia de poseedora la que la hacía responder a cada salva de risas concentrándose aún más en su lista.

El hombre del monóculo y la botella habló de pronto por encima de Rosemary, recortándose contra el cielo.

—Es usted una espléndida nadadora.

Ella protestó.

—Realmente buena. Mi nombre es Champion. Hay una dama que dice que la vio a usted en Sorrento la semana pasada y que sabe quién es usted y le encantaría conocerla.

Mirando a su alrededor mientras ocultaba su fastidio, Rosemary vio que la gente no bronceada estaba aguardando. De mala gana, se levantó y se acercó a ellos.

—La señora Abrams... La señora McKisco... El señor McKisco... El señor Dumphry...

—Sabemos quién es usted —habló la mujer del vestido de noche—. Usted es Rosemary Hoyt y la reconocí en Sorrento y le pregunté al recepcionista y todos pensamos que es usted absolutamente maravillosa y queremos saber por qué no está de vuelta en América haciendo otra maravillosa película.

Todos hicieron el gesto superfluo de apartarse para hacerle sitio. La mujer que la había reconocido no era judía, a pesar de su apellido. Era una de esas «buenas tipas» de cierta edad que, gracias a su inmunidad ante la experiencia y una buena digestión, son acogidas por la generación siguiente.

—Queríamos advertirla para que no se quemase el primer día —prosiguió jovialmente—, porque *su* piel es importante, pero parece haber tanta maldita formalidad en esta playa que no sabíamos si se incomodaría.

II

—Pensábamos que quizá usted formaba parte de la trama —dijo la señora McKisco. Era una joven bonita y de mirada mezquina, con una descorazonadora intensidad—. No sabemos quién está en la trama y quién no. Un hombre con el que mi marido había sido particularmente amable resultó ser un personaje principal..., prácticamente el héroe secundario.

—¿La trama? —inquirió Rosemary entendiéndola sólo a medias—. ¿Hay una trama?

—Querida, no lo *sabemos* —dijo la señora Abrams con una fuerte risita femenina—. Nosotros no estamos en ella. Somos el patio de butacas.

El señor Dumphry, un joven rubiacho y afeminado, comentó:

—Mamá Abrams es una trama en sí misma.